



ECOS DE LA PALABRA

Por Javier Castillo, sj

Contrastes

Reflexiones sobre el Evangelio de Lucas 2, 22-40 (Fiesta de la Presentación del Señor del Ciclo A – 2 de febrero de 2020)



¡La sala de reuniones del departamento de publicidad de Apple está que arde! Quedan unas pocas semanas para el lanzamiento de uno de sus nuevos productos y la puesta en escena debe ser perfecta. Todos los detalles se revisan detenidamente de manera que la “presentación en sociedad” de este nuevo producto sea un hito para la marca y para el mercado de productos tecnológicos. En otro lado del planeta, la familia Sánchez, prepara la presentación en

sociedad de sus dos hijos adolescentes: Andrés y Laura. Los rituales y los protocolos se afinan para que esta fiesta no pase desapercibida y, si es posible, aparezca una detallada crónica en las páginas sociales de las revistas de la ciudad.

Muchos años atrás de la presentación del producto de Apple y de la fiesta de Andrés y Laura, en un pequeño rincón de la Palestina del siglo I, acontecía otra “Presentación”, la de un niño que había nacido en el hogar de dos jóvenes pobres y humildes de Nazaret que, sin protocolo alguno, se acercaban a cumplir lo ordenado por las leyes religiosas de entonces.

Hagamos volar un poco nuestra imaginación, coloquemos las tres escenas en el mismo cuadro y dejémonos sorprender por la maravillosa sencillez del momento de la presentación del Hijo de Dios en medio de las gentes sencillas del pueblo que aguardaban, con fe e ilusión, la liberación de Israel.

CONTRATES

La grandeza de lo sencillo... La presentación de Jesús nos remite al momento de su consagración al Padre. Ser consagrado significa que todo su ser, su vida y su acción están totalmente enraizados en el Padre. No hay un lugar en la vida de Jesús que no esté orientado a la misión de redención que, en comunión con el Padre y el Espíritu de la Vida, decidieron en la hora de la Encarnación. El Hijo de Dios, que al hacerse uno de tantos elige perder poder para ganar comunión, no se presenta en medio de la pompa y el boato de quienes desean que todas las luces y las miradas se fijen en ellos, sino,

todo lo contrario, desde la sencillez y la humildad de quien ha optado por salir de sí mismo para darse a los demás desde el despojo y la entrega.

La preferencia de los últimos... Entre la multitud de hombres y mujeres que hubiesen podido ser testigos de este significativo momento, los elegidos son una pareja de ancianos de aquellos que ya no cuentan en los activos de las sociedades de la opulencia, la acumulación y la competencia. Esta pareja de ancianos, Siméon y Ana, estarían, en palabras del Papa Francisco, entre las miles de personas que como no producen son descartadas. Pero Dios piensa y siente diferente. Los testigos de la consagración de Jesús y del reconocimiento profético de su misión liberadora no suelen estar en la lista de invitados de los grandes banquetes ni son de los que llegan en medio de luces y alfombras, son un hombre y una mujer del pueblo que aguardan con paciencia y fortaleza un nuevo amanecer para su nación: “Simeón, hombre justo y piadoso que aguardaba el consuelo de Israel” y Ana, “una mujer anciana que hablaba del niño a todos los que aguardaban la liberación de Jerusalén”. Son dos personas capaces de ver y reconocer al niño porque su alma pobre, desprovista de todo aquello que distrae y sumerge en la superficialidad, está dispuesta y abierta al Dios que sorprende y trastoca nuestros criterios.

Una luz discutida... En su primera palabra, dirigida a Dios, Simeón reconoce que Jesús es la luz que ilumina el nuevo amanecer de la humanidad. En su segunda palabra, dirigida a María y José, les advierte que la luz de su Hijo va a resultar incómoda para muchos porque desvelará y pondrá en evidencia las actitudes de aquellas personas e instituciones que prefieren vivir con la complicidad de las sombras y las tinieblas que guardan silencio ante el atropello a la vida. Ciertamente la luz de Jesús encandila y por eso no son pocos los que prefieren rechazarla, sin embargo, como lo demuestra la lógica de la historia, más temprano que tarde, los eclipses forzados pierden vigor y todo queda al descubierto donde las sombras y las tinieblas sucumben ante el poder de la verdad, la honestidad y la transparencia.

La escena se repite ahora y nosotros, hombres y mujeres del siglo XXI, estamos convocados. Para sacar un mayor provecho, propongo tener en cuenta estas indicaciones:

- Abrir nuestros corazones para ser capaces de comprender el lenguaje de Dios, que no siempre coincide con el nuestro.
- Abrir nuestros corazones para ser capaces de reconocer, en los pobres y los sencillos, las mediaciones preferidas de Dios para revelarnos a su Hijo.
- Abrir nuestra mente y nuestra mirada para acoger con humildad la luz que irradia Jesús y sumarnos a todos los que quieren que ese faro no deje de iluminar.
- Abrir nuestra mente y nuestro corazón para asumir el riesgo de ser, como lo fuera Jesús, una bandera discutida aunque nos cueste la vida.